

¿Nos estamos enterando?

Haizam Amirah Fernández | Investigador principal de Mediterráneo y Mundo Árabe del Real Instituto Elcano | @HaizamAmirah 

Publicado el 27/6/2015 en *El Mundo*

Ayer (26 de junio) fue un viernes negro asociado a la bandera negra de Daesh (la organización autoproclamada Estado Islámico). Hubo un ataque –con decapitación incluida– en **Francia**, una matanza en una mezquita chií de **Kuwait**, asaltos a dos hoteles en **Túnez** y las habituales salvajadas contra civiles en lo que queda de **Siria, Irak, Yemen, Libia y Somalia**.

Como resultado, decenas de muertos inocentes en tres continentes. Personas con orígenes muy distintos, pero con un rasgo en común: quienes los asesinaron ya los habían deshumanizado siguiendo una **interpretación extremista, intolerante y sectaria del islam**. A los matones de ayer les dio igual que muchas de sus víctimas fueran musulmanas o inocentes. Sus ideólogos de cabecera les repiten a través de pantallas y de sermones que su obligación es eliminar a los infieles. Esos ideólogos difunden su doctrina macabra con impunidad y muchos cuentan con generosos recursos puestos a su disposición (dinero, espacios físicos y virtuales, cadenas de TV vía satélite, etc.).

Que nadie se lleve a engaños: **el epicentro ideológico de quienes decapitan en Francia, bombardean una mezquita chií en Kuwait y matan turistas en Túnez está en la Península Arábiga**. Aquellos que llevan décadas amparando y financiando una versión ultrapuritana, intolerante y misógina del islam han creado monstruos. A esos monstruos se les permite crecer y expandirse hasta que acaban fuera de control. Se tornan incluso en una amenaza para quienes los criaron. Por el camino sólo dejan destrucción, odio y polarización.

La victoria de los extremistas consiste en crear un mundo más caótico y menos seguro. Para ello necesitan realizar acciones con un **alto impacto emocional**, que provoquen gran repulsa moral y que tengan amplia **difusión en los medios y en redes sociales**. El desconocimiento, las fobias y las reacciones viscerales se encargan de ahondar en la polarización y sembrar más odio. Ése es el terreno en el que los extremistas ven avanzar sus proyectos. Y no les están yendo mal.

Las sociedades libres deben entender que **la amenaza a su seguridad no es «el islam», sino una versión muy concreta de esa religión** –proselitista y adinerada– **con raíces en el Golfo** y tolerada por Occidente. Mientras no se tenga conciencia, se seguirá confundiendo islam con wahabismo, la incomprensión y las suspicacias aumentarán y los radicales se verán reforzados.

Tres breves observaciones en relación con el viernes negro: la primera es que **muchos analistas** llevamos cuatro años advirtiendo de que las bestialidades cometidas en **Siria**, por el régimen de Asad y más tarde por Daesh y otros extremistas, no se iban a quedar

limitadas a Siria. Las consecuencias cada vez llegan más lejos. ¿Cuánto tiempo más hará falta para asimilar que Siria se ha convertido en un cáncer y actuar en consecuencia?

La segunda está relacionada con **Túnez, la única democracia que existe hoy entre los 22 países de la Liga Árabe**. Quienes quieren hacer fracasar el experimento tunecino para que no sirva de precedente están golpeando donde más duele: hundiendo el turismo que es una fuente clave de ingresos y de empleos para el país. ¿Va a permitir la UE que se salgan con la suya en su vecindario? Y la tercera es sobre el **tratamiento mediático en Occidente de las atrocidades de Daesh**. La repetida difusión de imágenes de decapitaciones está teniendo un efecto imitación. En Arabia Saudí llevan décadas decapitando en sitios públicos, pero los medios occidentales no lo mostraron y nadie lo imitó. ¿Habrá llegado el momento de dejar de hacerle publicidad a esos profesionales del sadismo?